

ARGENTINA Y PERON

HAY unas cuantas incógnitas mayores en el momento político argentino. Una es la de saber si el general Perón quiere realmente volver a la Argentina. La segunda es la de si los altos jefes militares aceptan realmente la idea de su regreso. La tercera consistiría en saber si una vez Perón en su país, instalado en la Presidencia, se restablecería la calma en el país. Hay más preguntas. Una es si el programa de normalización establecido por Lanusse, que debe culminar en las elecciones presidenciales del mes de marzo, se cumplirá, y si esas elecciones supondrán la verdadera normalización. Otra, cuáles son las razones misteriosas que hacen sentir a un sector muy importante de la Argentina esta nostalgia por el viejo dictador retirado, hasta el punto de que el peronismo no sea sólo una fuerza propia, sino que haya conseguido concentrar en una coalición electoral, en torno al nombre de Perón, a demócratas cristianos, comunistas, socialistas y el grupo de Frondizi, una coalición que se presenta con el nombre de Frente Cívico de Liberación. Más una guerrilla armada, los Montoneros, de una gran actividad.

PERON tiene ahora setenta y siete años. Se acepta que su salud es buena y que lo es su lucidez. Pero tiene setenta y siete años. Pronto se van a cumplir los diecisiete de su exilio. Y los veintiseis de la fecha en que tomó el poder, 17 de octubre de 1945. La fecha del 17 de octubre es sagrada en los anales peronistas, y se dice que es la elegida para el regreso. Hay que advertir que estamos ya entre mitos y símbolos, al mismo tiempo que entre argucias y astucias: no olvidemos, por ejemplo, el papel que juega un cadáver, el de Eva Perón, embalsamado, enterrado y desenterrado, con sus largos viajes «post mortem» y sus escondrijos (parece ser que está todavía en la casa de Perón, en Puerta de Hierro). Por eso se espera la segunda aparición de Perón en la misma fecha que la primera, el 17 de octubre. Han transcurrido muchos 17 de octubre desde que se fue, y la impresión que puede tenerse ahora es la de que, si bien el general hace lo posible por no decepcionar a sus fieles y mantiene en Madrid abierto un despacho político, con idas y venidas de los principales dirigentes argentinos, no da la sensación de que realmente quiere regresar a su país, y menos a ejercer la Presidencia. Este despacho político lo consiente España sin violar las costumbres del asilo, y no en razón del antiguo agradecimiento al general, que prestó muy valiosa ayuda al régimen español cuando éste estaba desafiado por la ONU, sino por acuerdo con los dirigentes actuales de aquel país: un acuerdo que puede terminar en cualquier momento —se dice que el almuerzo de la semana pasada que reunió al ministro del Interior con el embajador de España, señor Erice, tenía esa intención: el embajador lo desmiente—, de forma que Perón tendría que volver a su «status» anterior de refugiado sin ninguna actividad política.

EL gobierno argentino —Lanusse— marcó el programa de normalización con algunas fechas clave. Una de ellas era la del 25 de agosto. En esa fecha todos los candidatos oficiales a la Presidencia, los que hayan de presentarse a las elecciones de marzo, deberían estar presentes en territorio argentino. Perón no lo ha hecho: sigue en Madrid. Esto no significa una renuncia a la Presidencia: significa, pura y simplemente, que Perón no acepta el sistema, no acepta la legalidad de este programa. Pero la ley electoral nueva requiere también que antes de esa fecha, 25 de agosto, todo candidato debe renunciar a sus cargos oficiales. Y tampoco Lanusse ha renunciado al suyo, de forma que tampoco será candidato. No habrá elecciones Perón-Lanusse, si todo se cumple como está previsto.

PERON, ¿regresará Perón en octubre? Si la actual junta militar sigue estando en el poder, no le será permitido. Parece que una de las argucias de la cuestión estaba en mostrar al pueblo que la junta abría las puertas del país al general exiliado para que pudiera verse que era él quien no quería volver. Un juego peligroso —pero, ¿qué es lo que no es peligroso ahora en Argentina?—, pero posiblemente eficaz. Algunos jefes militares no compartían ese juego: no hace muchos días, dos jefes militares importantes, el comandante en jefe de las Fuerzas Aéreas y el del Tercer Cuerpo de Ejército, se disociaron públicamente de Lanusse en esta cuestión, y quizá hubiesen tomado una actitud violenta de haber intentado regresar Perón antes del 25 de agosto. Si regresase en octubre estarían más justificados, puesto que supondría un desafío a las normas dictadas por el poder.

SE dice, sin embargo, que Perón podría «aproximarse»: esto es, pedir asilo en el fronterizo Uruguay para continuar allí la acción política que se le hace difícil en España. Uruguay, como se sabe, no es un país más tranquilo hoy que la Argentina. Se dice que sus militares están di-

vididos en tres sectores opuestos: los constitucionalistas, del general Florencio Graviña, que pretenden resucitar el sistema parlamentario; los peruanistas, que quieren seguir los pasos políticos del Perú y negociar con los Tupamaros para el establecimiento de un orden nuevo, y los brasileñistas, que disponen del Presidente Bordaberry. Los peruanistas serían los más inclinados a acoger a Perón, pero por el momento el poder parece más próximo de los brasileñistas...

¿QUE esperaría Perón en Uruguay, si legalmente no puede participar en las elecciones? Esperaría un levantamiento popular, un movimiento de fondo, que le llevase al poder por aclamación. Es decir, una repetición de los acontecimientos de 1945-46 (no olvidemos el tono mágico de algunos aspectos políticos argentinos): a Perón se le impedía el acceso a las elecciones de febrero de 1946, se le depuso de sus cargos y se le residió en una isla del Plata; pero la jornada de octubre le liberó y le izó al poder; las elecciones se ganarían después. Está muy extendida entre algunos políticos esta cuestión de tomar primero el poder y ganar después las elecciones, en lugar de optar al camino normal: Hitler fue uno de sus grandes adictos, pero no olvidemos que De Gaulle también siguió esta dudosa vía.

PERO, ¿por qué esa nostalgia de los argentinos por Perón? Con ojos históricos es incomprendible. Perón era un fascista que implantó un régimen fascista. En los tiempos anteriores a su Presidencia, cuando dominaba el país desde el Grupo de Oficiales Unidos y en sus Ministerios, inclinó la Argentina hacia Alemania e Italia y las ayudó en la guerra; las ayudaría incluso en la posguerra acogiendo a los nazis exiliados (de la Argentina fue raptado Eichmann por agentes israelitas), hasta el punto de que Gran Bretaña, Estados Unidos y otros países aliados rompieron sus relaciones con Argentina (cuando Alemania estaba a punto de perder la guerra, Argentina cambió de posición y recuperó las relaciones perdidas). Perón gobernó con mano dura, reprimió toda oposición, implantó una censura rígida, un régimen de culto a la personalidad —la suya y la de Eva Duarte—; bajo su régimen hubo corrupciones de todas clases. ¿Cómo los católicos de la democracia cristiana aceptan ahora un hombre que fue excomulgado? ¿Cómo propugnan su regreso comunistas y socialistas que fueron perseguidos por él? Porque, al lado de esta gran imagen fascista, sucedieron numerosas cosas. En primer lugar, Perón era el enemigo de los Estados Unidos. Hoy mismo, los Montoneros proclaman —en unas declaraciones recientes a Carlos Mora, de Prensa Latina— que no hay izquierdas ni derechas en el país, y si solamente una guerra mundial contra el imperialismo, representado por los Estados Unidos.

PERO, además, Perón realizó una serie de reformas sociales. Quiso apoyarse en el sindicalismo, en la masa obrera, y dio más fuerza a la Confederación General del Trabajo que la que nunca tuvo: prácticamente creó los sindicatos, y esa estructura subsiste. Un amplio plan de obras públicas enjugó el paro; se estableció un salario mínimo aceptable, una jornada laboral de cuarenta y ocho horas, una paga extraordinaria anual... Dio el voto a las mujeres, aceptó el reconocimiento de niños ilegítimos, cerró las casas de prostitución, legalizó el divorcio; expropió los ferrocarriles, que estaban en manos británicas, y los teléfonos, que estaban en las de Estados Unidos. Quizá estas cosas hayan hecho olvidar algunas formas de tortura —se dice que la Argentina de Perón fue la primera en aplicar electrodos en los órganos genitales de los detenidos—, los ataques a la libertad de prensa, como la suspensión de «La Prensa», y de la religión, como la expulsión de los obispos...

Y todo es fácil de olvidar si la situación política y social se deteriora después. Un dictador, un demagogo, sólo se borra de la vida pública si sus sucesores lo mejoran. No ha ocurrido así. Aun si no nos detenemos en considerar las difíciles y arriesgadas piruetas políticas de la Argentina posperonista podemos fácilmente considerar la situación actual: huelgas, represiones duras, matanzas, asesinatos, terrorismo (de Estado y de oposición); una inflación persistente, un paro forzoso que llega a su nivel más alto desde 1964, una elevación del coste de la vida del 37 por 100 en los seis primeros meses de este año. Falta de seguridad en el poder... Lanusse pretende restaurar las libertades cívicas con unos plazos lentos. Puede uno preguntarse si no hubiese sido más eficaz un golpe de Estado democrático; que las libertades se hubiesen restaurado de pronto. Los plazos de Lanusse son ahora difíciles de esperar. Pero, ¿es Perón una solución real? En principio parece que no hay otra. O, por lo menos, que hay que apurar ésta, que es la que propugnan las clases más necesitadas del país en su frente común, antes



Juan Domingo Perón, en su finca madrileña de Puerta de Hierro.

de probar que no da resultado. En realidad, la revolución que está experimentando la Argentina es la revolución peronista, inconclusa en 1955, cuando el dictador fue derribado: es una revolución proletaria, una reforma de viejas estructuras de capitalismo de estado feudal. Sin embargo, hay muchos y muy válidos presentimientos de dos posibilidades trágicas: una, la de que el regreso de Perón —o el tema del regreso de Perón— provoque una guerra civil larga y abierta, más sangrienta aún que esta guerra civil larvada, con muertos diarios, que hay ahora; otra, que tras el triunfo de esa revolución, si se produjera, habría muy graves disensiones entre los actuales integrantes del frente cívico nacional.

AMARILLO Y NEGRO, EL RACISMO DE UGANDA

Más de una vez hemos comentado que el verdadero fondo del racismo es el enmascaramiento de una expoliación económica: el grupo perseguido, discriminado, puede ser fácilmente explotable como mano de obra barata, de tipo esclavista, y se le impide acceso a capas superiores de la sociedad, o bien es un grupo que ha alcanzado un bienestar superior al de sus vecinos inmediatos, y se le expulsa o asesina para quitarles sus riquezas. Este último ha sido el caso de los judíos europeos en los últimos siglos y es el de los asiáticos de Uganda. Los comerciantes indios forman un grupo social con un bienestar considerable por relación a los africanos. Al expulsarles, sus posesiones —comercios, almacenes, inmuebles, tierras— han de ser vendidos a un precio inferior al real, y aún se les limita la salida de dinero del país, y cuando quieren adquirir moneda extranjera se les vende a un precio abusivo. Esta diáspora de Uganda está suficientemente explicada.

La acción de una clase pauperizada contra otra pudiente, aun sin olvidar que durante siglos la minoría india ha explotado al nativo y ha formado parte del engranaje de la colonización, con sus pasaportes británicos de doble filo —protección para usarlos en los países colonizados, pero prohibición para entrar en el territorio nacional—, reviste los más repulsivos caracteres externos del racismo. Más inquietante en una nación africana negra, que ha sido víctima de ese mismo racismo durante siglos. Para cubrir esta acusación, el Presidente Amin ha revocado su decisión de expulsar no solamente a los asiáticos con pasaporte extranjero, sino también a los que tienen la nacionalidad ugandesa. Estos van a permanecer, pero bajo unas condiciones de amenaza, de inseguridad y de presiones que quizá en el futuro les haga lamentar no haberse marchado del país, aun perdiendo todas sus posesiones.

La acusación de racismo se mantiene, sin embargo: otros ciudadanos con pasaporte extranjero, pero no asiáticos —europeos, principalmente—, no han sido molestados. Claramente, no se trata de un movimiento de xenofobia, sino de persecución a un grupo determinado.

De aquí a noviembre deben salir sesenta mil personas. ¿Dónde? Nadie quiere acogerles. Después de sufrir el racismo porque son ricos, van a sufrir el racismo por-

que se han vuelto pobres. Canadá está dispuesto a acoger algún cupo; no así Australia, que mantiene una política racista no muy distinta de la de Rodesia y África del Sur, aunque con otras dosificaciones: Australia importa trabajadores blancos, importa mujeres —las famosas «novias australianas»— de países blancos, al mismo tiempo que prohíbe la entrada de gentes de color —especialmente de los amarillos, sus relativos vecinos— para mantener el país «blanqueado». En septiembre, Gran Bretaña acogerá de doce a quince mil asiáticos de Uganda, con la intención de re-exportarles en cuanto pueda. Pero se teme que en la fecha del 7 de noviembre, prevista por el general Amin para la expulsión total, aún queden cuarenta mil asiáticos en Uganda sin ningún país donde ir. Gran Bretaña trata ahora de conseguir una prórroga de ese plazo, ya que no ha podido conseguir otra cosa. Pero no es un problema de tiempo. Es una cuestión de comprensión humana del problema. Y falla.

Entre tanto, las autoridades de Uganda, por disposición de Amin, están haciendo un inventario detallado de las posesiones de estos asiáticos, con el fin de evitar que haya algún disfraz en sus ventas o cesiones. Estas propiedades, excepto lo puramente personal —ropas, efectos de uso común—, ya no pueden ser vendidas o transferidas, sino que sólo el gobierno puede disponer de ellas, como el gobierno dictará en el último momento las medidas que considere oportunas acerca de la cantidad de dinero que cada expulsado pueda llevar. Por otra parte, ha decidido que ciertos técnicos de los que el país necesita —médicos, mecánicos, ingenieros— podrán quedarse en el país. A éstos se les concederá la ciudadanía ugandesa.

El desarrollo interno del África negra en los doce o quince años de su independencia está lejos de responder a las esperanzas puestas en él. Golpes de Estado incesantes, regímenes duros, matanzas tribales, guerras, leyes penales excesivamente duras dan una imagen del continente bastante inquietante. Es el resultado de tantos años de colonización durísima, de una descolonización que dejó problemas con espoleta retardada, de un neocolonialismo que comenzó su acción por eliminar a los hombres más válidos del continente y sustituirles por cuasireyezuelos a su servicio. ■ J. A.